

guna, donde habian sido arrojados los idolos. Armóse el santo mártir con la señal de la cruz, y comenzó á caminar sobre las aguas sin hundirse, como pudiera en tierra firme. Llegó á la mitad de la laguna, y sentándose serenamente en ella, convidó á los infieles que hiciesen otro tanto, si creían que sus dioses tuviesen algun poder. Hubo algunos tan simples ó tan osados, que quisieron hacer la prueba, pero muy á costa suya, porque todos se ahogaron. Al mismo tiempo oyó S. Blas una voz, que le convidaba á salir de la laguna para recibir la corona del martirio. Hizolo al instante, y apenas salió á tierra, cuando el gobernador, centelleando en cólera, le mandó cortar la cabeza el año del Señor de 316.

Los favores que Dios ha dispensado á los fieles por su intercesion, han hecho muy célebre el culto de nuestro Santo en toda la Iglesia. Los Griegos celebran su fiesta, y en muchas ciudades, y aun obispados enteros de la Iglesia latina es fiesta de precepto por obligacion de voto. La ciudad de Ragusa en Dalmacia le escogió por primer Patron de su Iglesia, y de su república, durando cuatro dias la fiesta anual con que le solemniza. Otros muchos pueblos le veneran por su tutelar. En los despoblados, y en los campos son muchas las ermitas, y los humilladeros que están dedicados á nuestro Santo. Los continuos beneficios que cada dia se consiguen por su intercesion, sobre todo en males de garganta, y en enfermedades de niños y de animales, no han contribuido poco á estender la devocion con S. Blas, y á encender la piadosa ansia con que en todo el mundo cristiano se solicitan sus reliquias.

Nótese que Aecio, antiguo médico de Grecia, entre los remedios que señala para el mal de garganta, recomienda singularmente la devocion con S. Blas, como una medicina pronta, eficaz y esperimentada: lo que acredita cuan antiguo es el recurso á la proteccion de este gran Santo.

EL BEATO NICOLAS DE LONGOBARDI.

A 6 de enero de 1650 nació en Longobardi, pueblo de la Calabria, el beato Nicolás, de padres pobres, pero honestos y muy piadosos. En el bautismo le pusieron por nombre Juan Bautista, que al vestir el hábito religioso trocó en el de Nicolás. Educáronle sus padres en el santo temor de Dios, y le aplicaron á su propia profesion, que era de labradores. No obstante esta fatigosa ocupacion, el santo jóven ayunaba muchos dias en la semana, y siempre á pan y agua los viernes y sábados. No dejaba

pasar, en cuanto le era posible, dia alguno sin oír la santa misa: y acostumbraba, á mas de las principales fiestas del año, confesar y comulgar todos los viernes. En su casa elegia para sí los servicios de mayor peso, á fin de aliviar á sus padres y hermanos. Los ratos que le quedaban libres del trabajo, y los dias de fiesta, los pasaba recogido en las iglesias en continua oracion, retirándose con mas frecuencia á la de los Padres Mínimos. Enamorado con esta ocasion de la vida penitente que observaba en aquellos santos religiosos, llamado de Dios y lleno de un santo fervor, se resolvió á abrazar el propio instituto. Habiendo pues pasado los años de su niñez y juventud con pureza y sencillez de corazon en la rústica y pobre casa de sus padres, á los veinte ya cumplidos de su edad vistió el hábito de religioso mínimo donado, ó hermano converso, y en calidad de tal, cumplido con suma satisfaccion de todos los religiosos el año del noviciado, hizo su profesion solemne en el sagrado convento de Paula, cabeza de todos los de la orden. Cuando Nicolás vió ya cumplidas sus fervorosas ansias, de estar todo consagrado al Señor por los solemnes votos, propuso en su corazon no vivir en adelante sino en Dios y para Dios. Habiéndole los superiores destinado al convento de Longobardi su patria, vivió en él unos dos años, despues de los cuales pasó á vivir al fle la ciudad de S. Marcos, de la misma provincia de Calabria. En este convento, en que permaneció otros dos años, tuvo su prelado que encargarle muchos oficios, por ser muy reducido el número de sus religiosos. Era á un mismo tiempo cocinero, hortelano, dispensero, y estaba tambien á su cuidado pedir las limosnas por la ciudad y lugares del contorno, además de otros encargos, que le hacian sus superiores. Sin embargo esta multitud de encargos, el siervo de Dios, siempre incansable en el trabajo, los desempeñó todos á satisfaccion de sus superiores, ejecutando cuanto le ordenaban, y manifestándose aun dispuesto á mayores fatigas. En el siguiente trienio destinaron los prelados á Nicolás á tres diferentes conventos; y en ellos tuvo tambien á su cargo los oficios de cocinero y dispensero. Aunque en todos tres era grande el número de religiosos, varios sus genios y frecuente el número de forasteros, á todos contentaba la caridad del beato, de modo que jamás se halló uno á quien hubiese disgustado: sin tener amistad particular con ninguno, á todos los amaba como á hermanos, y á cada uno obedecia como si fuese su superior, sin distincion de patria, graduacion ó sangre. Huyendo solicitado el trato de los seglares, todo el tiempo que le quedaba libre de sus fatigas, lo empleaba en tratar á solas con Dios del negocio de su alma.

Con esta ejemplarísima conducta fué tan grande la opinion que formaron los religiosos de la virtud de Fr. Nicolás, que el padre Carlos Santoro, siendo provincial, le eligió por su compañero. Nada engreído el beato con este honorífico oficio, se mereció la estimacion de su provincial, con su exacta obediencia, con su vida ejemplar, y singularmente porque jamás se le quejó de otro, ni le refirió cosa que pudiese acarrear disgusto á religioso alguno de la provincia, no obstante de habersele ofrecido para ello muchas ocasiones. Comunmente se desembarazaba de las recomendaciones que se le hacian, diciendo que él era un pobre donado, y no debia mezclarse en asuntos ajenos de su profesion. Cuando acompañando al provincial en la visita, se hallaba en conventos en que era escaso el número de los religiosos, él mismo se ofrecia á trabajar y servir en lo que ocurriese. Enamorado el provincial del discreto y santo proceder de su compañero, quiso darle una sincera muestra de su amor. Sabiendo, pues, quanto deseaba Fr. Nicolás visitar los santos lugares de Roma y de Loreto, al fin de su trienio le consiguió del padre general lo nombrase para conventual del colegio de Mínimos de la Calabria, situado en los montes de Roma. Llegado allí el beato en el año de 1681, que era el treinta y uno de su edad, fué destinado por compañero del cura de la parroquia que está unida á la iglesia de dicho colegio, que era entonces el P. Fr. Angel de Longobardi. Pero siendo éste ya de una edad avanzada, el mayor peso de aquella vastísima parroquia vino á caer sobre las espaldas de Fr. Nicolás. Todos los dias la corria toda, y en algunos mas de una vez; y cuando hallaba alguna necesidad de administrar algun sacramento, ó de asistir á algun moribundo, iba con prisa al colegio á avisar á los padres. Procuraba con grande solicitud y afan averiguar y remediar los desórdenes que ocurriesen; parábase á escuchar las necesidades que le referian, para darles el alivio conveniente, dejando en todas partes claras señales de su ardiente celo y caridad. Cuatro años estuvo empleado en este oficio, y en el intermedio de ellos, obtenida la licencia de los preladados, cumplió su antiguo y ardiente deseo de visitar el santuario de Loreto, cuya peregrinacion hizo á pié de ida y vuelta. Fué tanta la abundancia de espíritu que experimentó en el recinto de aquellas paredes santas, que resolvió eficazmente mejorar de vida, y no contentarse con una perfeccion comun, sino aspirar á la cumbre de la santidad: en efecto, volvió á Roma tan otro y tan mejorado de lo que habia salido, que los religiosos al verle, pasmados, se decian unos á otros: «Este no es Fr. Nicolás: porque Fr. Nicolás que fué á Loreto, era un Fr. Ni-

colás bueno; pero Fr. Nicolás que ha vuelto á Roma, es un Fr. Nicolás santo.» Despues de pasados los cuatro años en el oficio de compañero del cura de la parroquia, le encargó la obediencia el de portero de dicho colegio, el cual obtuvo en los restantes ocho años, que por la primera vez permaneció en Roma. En el nuevo empleo, atento á dar de comer á tropas enteras de mendigos, procuraba con las mas vivas diligencias disponerles la comida; pero era tanta la union de su espíritu con Dios, que á veces en medio de sus faenas, arrebatado de la contemplacion, se hallaba mas donde amaba, que donde su cuerpo habitaba. Su silencio, modestia, recogimiento é inalterable paciencia, causaban no menos edificacion que asombro á toda la ciudad de Roma. Con esto empezaron á verse en el convento grandes concursos de toda clase de personas, aun de las mas ilustres, que acudian al beato para pedirle consejo en sus dudas, ó para que les alcanzase el remedio en sus enfermedades, ó para conseguir á lo menos con su presencia algun consuelo en sus adversidades. De ahí fué, que temiendo los superiores generales de la orden, que estos extraordinarios aplausos no pusiesen á peligro la virtud de Fr. Nicolás, juzgaron conveniente ocultarle en los remotos retiros de la Calabria. En el año pues de 1693, que era el cuarenta y tres de su edad, fué destinado el beato al convento de Paula, donde residió dos años, empleado en los oficios de sacristan y de portero.

En el oficio de sacristan se portó con tal diligencia, en lo que miraba á la limpieza del templo y adorno de los sagrados altares, que muchos dias, cuando no ocurría otra cosa mas urgente, se le veia todo afanado en limpiar el piso de la iglesia. Jamás faltó un solo punto á tocar al coro á las horas establecidas. Muy reverente con los sacerdotes que iban á la sacristia para celebrar el divino sacrificio, con semblante agradable y corazon manso, daba á cada uno su lugar. Aquí tuvo primero por compañero en calidad de sacristan mayor, y despues por superior del convento, á un religioso, que para probar su virtud hacia befa y escarnio de los movimientos en que la violencia del divino amor le obligaba á menudo á prorumpir. Otras veces mostrándose mal satisfecho de los servicios de Fr. Nicolás, en todo hallaba motivo para reprenderle y vituperarle. Juntaba á todo esto un genio fogoso, de modo que con sus gritos continuos hacia sonar en los oidos del pobre lego un martillo continuo y afrentoso. Pero, como observaron bien los demás frailes, jamás sintió el beato repugnancia ó disgusto en obedecerle; antes en medio de tan indiscretos tratamientos, siempre perseveró alegre y placentero, mostrando con lo risueño del rostro lo imperturbable de su ánimo.

En los dichos dos años por las noches, ó perseveraba en oracion hasta concluirse los maitines, ó bien tomándó antes un breve descanso, empezaba su oracion al principio de los maitines de media noche, y la continuaba hasta la mañana. De dia, ó trabajaba en su oficio, ó se estaba retirado en la celda. En el empleo de portero, que ejerció el segundo de dichos dos años, se entregó todo al socorro de los pobres, de quienes cuidaba como un padre amantísimo cuida de sus mas tiernos hijos. No contento con lo mucho que tenia el convento asignado para la manutencion de los miserables, recogia solícito los desperdicios de la cocina y cuanto en el refectorio sobraba á los religiosos, y no pocas veces pedia á éstos alguna cosa para dar á los mendigos: al refectorio comparecia, no para comer él, sino para proveer á otros, pues todo su alimento consistia en una sola naranja agria asada en las brasas, ó en unas pocas yerbas crudas sazoadas con vinagre, y en un poco de pan. Al mas pequeño sonido de la campanilla dejaba al instante cuanto tenia en las manos, é interrumpia la oracion ó asistencia á la misa para ir á ver quien llamaba; no obstante que muchas veces lo hacian por frioleras é impertinencias. Pasados aquellos dos años en el convento de Paula, residió otros dos en el de Longobardi, donde su fe y piedad le empeñaron á emprender á su cuenta, sin ningun fondo, la fábrica de aquella iglesia; y con solas las limosnas que le suministraba la caridad de otros, en menos de dos años concluyó y perfeccionó de tal modo aquella fábrica, que puede hoy competir con las mejores de la provincia: tan grande era el crédito de santidad que sus muchos milagros le habian adquirido. Andaba por todas partes siempre á pié, y siempre pidiendo ó trabajando para su fábrica: pero entre el bullicio de tantas ocupaciones esterioras, nunca estuvo su corazon distraido; porque pasaba muy superficialmente por los objetos de la tierra, ocupando su mente solo en los del cielo.

Pasados dichos cuatro años, corriendo el de 1697, creyeron los prelados de la orden hallarse el beato bastante fundado en la humildad, y no estar ya sujeto en Roma á los peligros que temian sus antecesores; por lo que, para edificacion de los fieles y mayor gloria de Dios, lo hicieron de nuevo venir á habitar en el colegio de Mínimos calabreses de dicha capital del orbe cristiano, donde perseveró por otros doce años y hasta el fin de su vida, ocupado casi siempre en su antiguo oficio de portero. En este empleo se dejó ver cada dia mas brillante el fervor de su caridad con los mendigos. Todos los dias á la hora establecida acudian á la porteria casi en número de ciento, á cada uno de los cuales

dispensaba cuanto era necesario para el diario sustento de su persona y de su familia. Para este efecto con infatigable solicitud iba recogiendo, así de los domésticos, como de los estraños sus devotos, las limosnas necesarias, sin entibiarse un punto por las negativas, las repulsas y malos tratamientos, que en vez del subsidio pedido, se llevaba muchas veces. El mismo guisaba la menestra, la llevaba en una gran caldera á la porteria, y puesto de rodillas la distribuia á los pobres; mas antes de repartírsela les mandaba rezar arrodillados algunas oraciones, y les hacia alguna breve fervorosa exhortacion. Así que hubo llegado á Roma, empezó luego á renovarse en el convento el concurso de toda clase de gentes. Los superiores no le prohibieron el trato, antes espresamente se lo mandaron; en ejecucion de cuyo precepto se dejaba ver el beato con un tenor de vida muy diferente del que observó la primera vez que estuvo en esta metrópoli del universo. Entonces vivia todo retirado y solitario: ahora no solo conversaba indiferentemente con todos en el convento, sino que andaba por la ciudad, y frecuentaba libremente los palacios, sin que tantas ocupaciones esterioras, ni tantas muestras de estimacion como recibia de personas de la mayor jerarquia, causasen jamás el menor perjuicio, ni á su alta contemplacion, ni á su humildad profunda, sirviéndole de seguro y de salvoconducto su eminente virtud, sostenida por la obediencia, que en todo y por todo le guiaba. En efecto, entre tantos aplausos que se hacian á su heróica virtud y prodigiosa santidad, era tan bajo el concepto que de sí tenia Fr. Nicolás, que hablando con los religiosos esclamaba tal vez: «Pisadme, escupidme, aborrecidme, pues no merezco otra cosa. Yo soy el hombre mas vil de cuantos viven, soy indigno de que me cubra el cielo y me sostenga la tierra. En toda mi vida he hecho cosa alguna buena, ni al presente la hago.» Y diciendo esto él mismo se escupia y arrojaba á los pies de todos. De ahí es, que miraba como propios los mas humildes ejercicios del convento, abatiéndose voluntariamente y con singular complacencia, hasta ayudar al mozo de la cocina en barrer esta pieza, y en lavar y fregar los platos. Los cardenales y los principes romanos iban á su celda, y arrodillados á sus pies le besaban la mano; pero él era tan insensible á todas estas demostraciones, como si no las viese. En muchas ocasiones lo vieron arrodillado en la porteria delante de los pobres, á quienes habia repartido la menestra, pidiéndoles con sumo rendimiento por amor de Dios algo de ella, y recibíéndola como si fuese un mendigo, la entregaba despues al primer pobre que llegaba. Ver confesar á Fr. Nicolás, era lo mismo que

ver confesar al mas impío de los pecadores ya arrepentido, tanta era la humilde postura de su cuerpo y confusión de su aspecto; no obstante era comun sentir de los religiosos, que Fr. Nicolás no habia cometido en toda su vida ninguna culpa grave ni perdido la inocencia bautismal. De esta su humildad profunda nacia aquella su ciega y pronta obediencia á los preceptos é insinaciones de sus superiores, por arduo que fuese su cumplimiento. Muchas veces para hacer prueba de su obediencia, los colegiales jóvenes; cuando sabian estaba arrebatado en éstasis, iban á tocar la campanilla de la portería, y por mas que tocaban nunca comparecia Fr. Nicolás; pero al primer toque de otra persona, que realmente necesitase del portero, al punto obediente iba á la portería, cumpliendo así con prodigiosa exactitud el oficio que la obediencia le tenia encargado: fué tambien exactísima la que observó con sus directores espirituales, en especial los últimos años que vivió en Roma.

Efecto era tambien de su humildad la paciencia con que sufría las agrias reprensiones, que para hacer prueba de su virtud le daban los prelados, creyendo siempre que las tenia muy merecidas: no menos que las injurias, murmuraciones pesadas y malos tratamientos de sus iguales, en que fué bien ejercitado. Los mismos pobres, á quienes diariamente hacia limosna en la portería, le hurtaban de continuo las mejores frutas y flores de un huertecillo, que él cultivaba para alivio de los enfermos y adorno de los altares: muchas veces correspondian ingratos á su liberalidad con palabras descomedidas, con gestos, mofas, desprecios y empujones; pero aunque él era de genio y natural colérico, jamás se le vió alterarse ni descomponerse en vista de tan villana correspondencia, ni aun se le oyó quejarse. En cierta ocasion un viejo, mal contento de la porcion que le habia repartido Nicolás, le tiró un plato de habas cocidas, con que le vino á dar en el pecho, y se huyó á toda prisa; pero mientras huía cayó en el suelo: entonces se le acercó el beato, y ayudándole á levantar le dijo: « Levantaos, que ha sido nada: » dándole luego otra porcion de habas mas copiosa que la antecedente. Desde la cuna recibió Nicolás del cielo el don de la castidad, que conservó inviolable por todo el curso de su vida. La modestia de sus ojos fué tal, que entre tantas mujeres con quienes por razon de sus oficios, ó por obediencia; ó por caridad debió de tratar, con dificultad habria una de quien pudiese decir cuales eran las facciones de su rostro. Al hablar con ellas tenia los ojos fijos en la tierra, usaba pocas palabras, y sus expresiones eran mas ásperas que agradables. Nunca andando por

las calles de Roma levantó los ojos por ninguna novedad ni maravilla que ocurriese. Aun en el trato regular con los religiosos, si bien era muy jovial, pero tan ceñido dentro de los límites de la honestidad, que no miraba el rostro á ninguno, ni sacaba las manos de las mangas del hábito. No resplandeció menos Nicolás en la pobreza evangélica. Traía el interior vestido tan remendado y roto, que apenas se podria distinguir cual fué su primera materia. Cuando el prelado le daba zapatos nuevos, no se los ponía, antes obtenida licencia para darlos de limosna, se surtía de un par viejo que pedia á otro religioso; el cual usaba y hacia remendar hasta que no podia admitir otra compostura. Tenia un solo sombrero, que le sirvió desde el noviciado los treinta y nueve años que vivió en la religion. Su celda no tenia otros adornos que unas estampas de papel, ni otras alhajas que alguna arca vieja donde ponía ya los agnus y rosarios benditos, con que atraía á los niños á la continua y atenta asistencia al catecismo; ya lo que recogía de limosna para los pobres y para la Iglesia; de cuyo lucimiento fué siempre muy solícito, adornando sus altares con hermosas flores, ricas alhajas y magníficos alumbra- dos, especialmente en ocasiones de estar patente el santísimo Sacramento. Los restantes ajuares de su celda eran dos platos vacíos, en que daba secretamente de comer á muchos pobres vergonzantes; muchos pedazos de pan en una cesta vieja, que tenia prevenidos para los pobres que llegaban despues de repartida la limosna, y en otro rincon habia algunos pucheros, que servian para enviar menestra á las casas de algunas pobres y honestas doncellas, á quienes libraba por este medio del peligro de hacer un lastimoso naufragio de su honestidad: así como con otros oportunos socorros mantenía para proseguir la carrera literaria á varios pobres estudiantes.

Los rigores y asperezas con que maceró Nicolás su inocente cuerpo, escedian las fuerzas humanas. Por espacio de diez años ayunó á pan y agua, y su vida fué un continuo ayuno poco menos riguroso. Casi nunca probó el pescado: su mayor regalo era una menestra de legumbres, en que á veces echaba agua y á veces ceniza, para volverla mas desagradable, y otras mezclaba en ella yerbas amargas ó cardos con espinas. En ciertas ocasiones pasaba el tiempo sin comer, y solo tomaba por la noche alguna fruta ó yerbas crudas. En el viernes santo, para imitar de algun modo la amarga bebida del Salvador, deshacia en un poco de agua caliente una hiel de vaca, y se bebia aquel licor amarguísimo. Nunca llevó gorro, trayendo siempre la cabeza descubierta. Aun en los mayores rigores del invierno rara vez se

acercaba al fuego, y cuando lo hacia era muy de paso. Cierta noche al salir de la chimenea, otro religioso tomó un grueso tizon encendido, é inconsideradamente tirándolo tras de sí, vino á dar el golpe en las espaldas de Fr. Nicolás; pero él sin volver el rostro, ni pararse un momento, prosiguió su camino con decir solamente: «Sea por amor de Dios.» Azotábase dos veces cada noche con una cadena de hierro, hasta derramar mucha sangre. Entre varios cilicios que continuamente usaba, uno de ellos era de malla de hierro, guarnecido de agudas puntas, el cual á manera de jubon le cubria todo medio cuerpo: ceñalo á mas con gruesas cadenas que nunca se quitaba de encima, cuyas señales quedaban perpetuamente impresas en la túnica de lana, que segun el tenor de la regla trajo siempre de dia y de noche. Dormia dos horas cuando mas, y siempre sobre las desnudas tablas. Era comun sentimiento de sus correligionarios, que Fr. Nicolás vivia de milagro; pues sin embargo de tan ásperas penitencias, trabajaba de modo en los oficios que estaban á su cargo, que los mas robustos no tenian fuerzas para igualarle. Por mucho tiempo tuvo la costumbre de hacer cada noche la visita de las siete iglesias de Roma. Salia ordinariamente acabados los maitines, y al amanecer ya estaba otra vez en el convento, y como si nada hubiera hecho se entregaba luego á las haciendas domésticas, añadiendo fatigas á fatigas. Fué tan observante de la vida cuadragesimal, que aun en ocasiones de evidente enfermedad no pudieron reducirle á comer cosa de carne. Con este tenor de vida tan mortificada, «perfectamente muerto á sí mismo, era tan alta, dice el sumo Pontífice en el breve de su beatificación, su contemplacion de las cosas celestiales, y eran tales los suavísimos coloquios con que Dios le regalaba, que aunque falto de toda instruccion, y verdaderamente idiota, causaba admiracion oírle hablar de las cosas divinas, y esplicar sus arcanos. Cuando se ponía á meditar en el misterio de la santísima Trinidad, ó bien otros por palabras ó señas se lo recordaban, al punto quedaba estático, y arrobado en la contemplacion de este altísimo misterio; y era favorecido de Dios con tantas bendiciones y dulzuras del espíritu, que ni aun cuando se ocupaba en los ministerios á que le tenia destinado la obediencia, quedaba privado de los gozos celestiales; por lo cual se le puede en algun modo aplicar lo que de sí mismo decia el Apóstol: *Vivo yo, mas ya no yo, sino Cristo en mí.*» Era tal el ardor de la caridad divina que abrasaba su pecho, que estando elevado en oracion, clamaba muchas veces: «Señor, yo ardo, mi corazon se abrasa por Vos, no puedo mas, no sé puede, Señor, yo muero, yo

muero:» teniendo al decir esto su cara resplandeciente como la de un ángel. Muchas veces era como sorprendido de una santa locura, que le hacia saltar y hablar mucho, durándole estos transportes por una hora y mas. No solo en el coro y en la iglesia orando, sino tambien en el refectorio comiendo, en la cocina preparando la comida, en el claustro barriendo, y en las calles y plazas andando por sus ministerios, le observaron en un instante quedarse estático é inmoble. Muchos para verle en esta postura andaban á menudo á ponersele delante, y haciendo alusion á la santísima Trinidad con los tres dedos levantados le decian: *tres son*: lo que bastaba para enajenarle de los sentidos. Andaba por las calles de Roma, y estaba en los palacios tan absorto, que casi parecia una estatua; y así ni oia los gritos con que le aclamaban en público por santo, ni advertia las finísimas demostraciones de estima que le daban. Sus éstasis, especialmente en los últimos años, que á veces le duraban dos horas, eran cotidianos, é iban acompañados muchas veces de la elevacion del cuerpo, como en diferentes ocasiones lo vieron así los religiosos como los seglares. Un dia muy solemne, despues de haber comulgado en la iglesia del colegio de Roma, y arrodilládose delante de la barandilla del presbiterio, fué visto de todo el pueblo levantarse de la tierra poco á poco, y quedar cerca dos palmos elevado sobre ella, con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos abiertos y vueltos hácia el cielo. Muchas veces le vió de esta suerte elevado al aire toda la comunidad, cantando maitines á la noche. En una ocasion desde lo mas infimo del coro, donde estaba arrodillado, dió un vuelo repentinamente, y llegó hasta besar el crucifijo colgado en la pared en medio del coro: en otra se elevó hasta cerca del techo del mismo delante de todos los religiosos. En medio de sus arrobos, solia hacer á los religiosos unas exhortaciones tan penetrantes, que se cogió de ellas grande y estraordinario fruto. Los fervorosos tomaban un nuevo ardor en la virtud; los tibios se encendian en amor de la perfeccion, y los relajados se compungian; y fueron muchos los pecadores que debieron á la eficacia de sus oraciones su estraordinaria conversion. Fueron frequentes y casi continuas las apariciones que tuvo de Cristo, de María santísima, de varios santos y ángeles, uno de los cuales le traspasó una vez el corazon con un dardo encendido, como aconteció á Sta. Teresa. Sin haber jamás estudiado, no solo hablaba de los misterios mas sublimes y de los mas intrincados puntos de teologia, con tanta propiedad y solidez que pasmaba á los mejores teólogos: sino que tambien entendia cuanto se leia en la misa y rezo canónico, y de

solo escucharlo una vez, lo repetia despues perfectamente de memoria, usando con frecuencia de los textos de la sagrada Escritura muy á propósito, segun las diferentes ocasiones que ocurrían. Ilustrole además el Señor con los dones de profecía; de curar las enfermedades y de hacer milagros. Acostumbrado Fr. Nicolás á gustar anticipadamente las delicias de la bienaventuranza, cuanto se puede en este mundo; anhelaba incesantemente para gozarla con plenitud y perpetua seguridad en el cielo. En el fervor de sus coloquios con Dios exclamaba frecuentemente: « ¡Cuándo, Señor, me sacareis de este destierro! quiero, Señor, irme con Vos; no quiero estar en este mundo; ¡oh, qué cosa tan hermosa es el paraíso! » Oyó finalmente Dios los deseos de su siervo, enviándole la última enfermedad de dolor de costado, la cual habia ya padecido otras ocho veces en el discurso de su vida. Fué en ella asistido continuamente de muchos religiosos que se tenían por felices de poderle prestar algun servicio; fué visitado de los mayores príncipes y prelados de la corte romana, los cuales le enviaban sus médicos para consultar sobre su enfermedad, y arrodillados al rededor de su cama le pedían su bendicion, y suplicaban se acordase de ellos en el paraíso. Finalmente despues de haber recibido con singular devocion y ternura los santos sacramentos, y de haber vaticinado el día de su feliz tránsito, fijó los ojos en el cielo, y derramando tal cual lágrima con rostro alegre y risueño, pronunciando por dos veces esta dulcísima palabra: « Paraíso, Paraíso, » entregó plácidamente su espíritu en las manos de su Criador, á 3 de febrero de 1709, á los cincuenta y nueve años de su edad y treinta y nueve de religion.

El Señor para manifestar á los hombres la santidad de su siervo, se ha dignado obrar por su intercesion muchos milagros, de los cuales nuestro santísimo padre Pio VI aprobó los dos siguientes, para el efecto de su beatificacion, que celebró solemnemente en la iglesia de S. Pedro de Roma, á 17 de setiembre de 1786.

El primero sucedió con Hipólito Forinoli, romano, muchacho de edad de nueve á diez años, el cual jugando con otros niños, dió una tan recia caída, que se quebró, saliéndole el intestino por la rotura. Sobreviniéronle vómitos y dolores escesivos, por lo cual el cirujano que llamaron, que era habilísimo, observando que el intestino estaba muy tirante, duro é inflamado, dijo en la segunda visita, que no habia remedio y que el niño viviria muy poco. Entonces una tia suya suplicó fervorosamente en su interior á Fr. Nicolás, alcanzase de Dios la salud para el niño; y en el mismo momento levantándose él sobre la cama, gritó muy alegre: yo ya estoy bueno. Y en efecto, quedó tan per-

fectamente curado, que desvanecido todo el mal, anduvo libremente por la casa, y jamás en su vida sintió el mas leve dolor ni incomodidad en aquella parte.

El segundo acació con Pedro de Mango: se hallaba éste gravemente enfermo, con flujo de sangre y calentura maligna; y habiendo ya recibido el viático, á la mañana siguiente debia recibir la santa uncion, por orden del médico José Tucile, quien le dejó desahuciado. En este estremo á persuasiones del P. Pedro Vencia, religioso mínimo, bebió un poco de agua donde habian echado algunos cabellos de Fr. Nicolás, encomendándose con mucha fe á su intercesion. Desde luego se le quitó la calentura, y se sintió enteramente bueno, cesándole del todo, con asombro del médico y de toda su familia, los flujos de sangre, que no le volvieron mas en todo el resto de su vida.

La Misa es en honra de S. Blas, y la oracion es la que se sigue:

¡O Dios! que cada año nos cuando celebramos su nacimiento en el cielo, nos alegrémos con su proteccion en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 4 de la segunda del Apóstol S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo: Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones: para que nosotros podamos consolar á aquellos que se hallan en iguales aflicciones, con la misma exhortacion que lo somos por Dios. Porque así como abundan en nosotros las pasiones de Cristo; del mismo modo superabunda nuestra consolacion por este Señor: ya seamos atribulados por vuestra exhortacion, y salud; ya consolados por vuestra consolacion; ya exhortados por vuestra exhortacion, y salvacion; en todo solicitamos daros ejemplo de tolerancia en las mismas pasiones, que padecemos: para que con vuestro sufrimiento viva nuestra esperanza mas segura por vosotros: sabiendo, que así como sois socios en el padecer, lo seais en la consolacion en nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Si el Padre de las misericordias es nuestro Dios, y si el Dios de toda consolacion es nuestro Padre, ¿qué podemos temer? La pobreza, las enfermedades, las persecuciones, las adversidades pueden hacernos infelices y desgraciados á los ojos de los hombres; pero si Dios nos consuela en nuestras tribulaciones, ¿se podrá tener mucha lástima de nosotros? Este solo nombre de *Padre de las misericordias* debe alentar nuestra confianza aun en medio de nuestros mas enormes pecados. Seamos nosotros sus verdaderos, sus fieles siervos, que él mirará por nuestros intereses.

¿Cuántos se ven en el mundo ricos, poderosos, colmados de honras, hartos, por decirlo así, de prosperidades, que con todo eso son hombres infelices? Si hay cruces, si hay mortificaciones interiores, que no salen hácia fuera, ¿por qué no habrá tambien dulzuras y consuelos invisibles? No hay sentido mas espuesto á engañarse que los ojos. Se puede decir que todo cuanto se ve en el mundo es alucinacion, es engaño: solo se encuentra verdad y solidez en las promesas de Jesucristo, y en su servicio. Las exterioridades de la virtud retraen, y aun aterran; pero *gustate et videte*, dice el Profeta, no os gobernéis precisamente por la vista, sino por el gusto.

Cuanta mas parte tuviéremos en los tormentos de Jesucristo, mas parte nos tocará en los consuelos que vienen por Jesucristo. En un criado, solo se descubre la librea del amo á quien sirve; pero no se ve, ni el salario que gana, ni los provechos que tiene. La librea de Jesucristo no solo es modesta, sino oscura y poco grata á los sentidos: cuando por el contrario las libreas de los que sirven al mundo son brillantes; ¡pero qué brillantez tan falsa! ¿Qué se gana en su servicio? El salario mas cierto son amarguras y arrepentimientos.

Tiene el mundo sus cruces, pero secas, pero sin mérito. Ganan los mundanos los bienes y la salud, padecen mucho cada cual en su estado y condicion, ¿pero quién se lo agradece? La esperanza de los justos es sólida, contados tiene Dios sus cabellos, y no derramarán por su amor una sola lágrima, que no les produzca un torrente de delicias. Sean en buen hora calumniados, menospreciados y perseguidos: ninguna proporcion tiene lo que padecen con la grandeza, con el precio, con la duracion del premio que los aguarda. Ni hay que pensar que este premio solo se les reserva para la otra vida. Oid á un S. Efrén, á un san

Francisco Javier, á una Sta. Maria Magdalena de Pazzis, que en medio de los trabajos que padecian en ésta, clamaban al cielo de lo mas íntimo de su corazon: Moderad, Señor, los gustos de que nos colmais: poned algun limite á los escesivos consuelos que comunicais á nuestra alma en este valle de lágrimas. ¿Cuando se le oirá á un mundano quejarse con verdad de semejante esceso? ¿Quando podrá confesar de buena fe, que son demasiados, que son insufribles los consuelos con que premia el mundo á los que le sirven? ¡Y con todo eso, aun se estremece el corazon cuando se trata de entrar en el servicio de Dios! ¡aun se hallará que cuesta mucho esto de ser buen cristiano! ¡aun habrá muchos que atolondradamente corran en tropas á servir al mundo! ¡Qué desdicha, qué locura!

El Evangelio es del cap. 26 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus Discipulos las máximas necesarias para conseguir la vida eterna, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame; porque el que quiera salvar su alma, la ha de perder (esto es, retraer de las delicias del siglo); y el que así la perdiere por mí, la encontrará en la vida eterna.

¿De qué aprovecha al hombre lograr todas las cosas del mundo, si pierde la preciosa joya de su alma? ¿O qué conmutacion le dará por ella el hombre en esta vida? Sabed, que el Hijo del hombre ha de venir al juicio universal en la gloria de su Padre con sus Angeles: y entonces remunerará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

De los falsos gustos del mundo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el mundo promete lo que no tiene, cuando ofrece alegría llena, gusto cumplido, placer puro y diversion que no fastidie. No tiene el mundo placer que no esté mezclado de amargura: si no le acompaña cuando se logra, le sigue muy de cerca.

Los gustos del mundo propiamente no son mas que unas agradables ilusiones: están en la fantasía, y no en el corazon: en tanto divierten, en cuanto suspenden por algun tiempo otros enfados, y otros cuidados reales: no se les estima por lo que valen, sino por lo que cuestan. Con efecto, despues de los gas-